

## 4. El Altísimo Gobierna

El cuarto capítulo de Daniel es, en algunos aspectos, el capítulo más maravilloso de la Biblia. Es un documento público escrito por Nabucodonosor, rey de Babilonia, después de su humillación por el Dios del cielo. Fue enviado «a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra». Por lo tanto, nos llega con tanta frescura y vitalidad como si hubiera sido publicado para la generación en la que vivimos. El objetivo era, dice Nabucodonosor, «mostrar las señales y maravillas que el Dios Altísimo ha obrado conmigo». Contemplando lo que se había hecho, exclamó en un lenguaje similar al del apóstol Pablo: «¡Cuán grandes son Sus señales! Su reino es reino eterno, y Su dominio de generación en generación».

El reinado de Nabucodonosor había sido una larga escena de guerra. Era un hombre de guerra. Esta característica fue tan prominente en la vida del gran rey que la profecía lo llama «el terrible de las naciones» y el «martillo de toda la tierra». Había enfrentado enemigos por todos lados y había tenido éxito, porque Dios había puesto Su «espada en la mano del rey de Babilonia» y había utilizado a este monarca para castigar a otras naciones que habían rechazado la luz de la verdad. Para ilustrar: Durante trece años la ciudad de Tiro resistió todo esfuerzo hecho por Nabucodonosor. Finalmente tuvo éxito, pero no obtuvo botín, pues Tiro, capturada en la costa, se trasladó a una isla. Aunque Nabucodonosor no lo sabía, estaba cumpliendo la profecía en la destrucción de Tiro. El Señor lo recompensó por este trabajo enviándole un mensaje a través del profeta Ezequiel de que podía tener el botín de Egipto como salario para su ejército mientras destruía Tiro, porque Egipto, al igual que Tiro, había rechazado el conocimiento del Dios verdadero. Entonces Nabucodonosor volvió sus armas contra Egipto, y esa nación, que años antes había mantenido a Israel en cautiverio, ahora se convirtió en esclava del poder babilónico.

Al profeta Ezequiel, uno de los cautivos hebreos, se le dio una visión de la captura de Egipto por Nabucodonosor, y se le dijo que enviara el testimonio a

Faraón, rey de Egipto. En esta profecía, Egipto es representado como un árbol poderoso que se alzaba sobre todos los árboles de la tierra. Hasta los árboles del Edén envidiaban el esplendor de este árbol. Todas las aves del cielo anidaban en sus ramas; las huestes de la tierra habitaban bajo sus ramas. Pero este árbol de Egipto se enaltecía por su grandeza, y Dios envió a Babilonia para que lo derribara hasta el suelo. El estruendo de su caída sacudió la tierra.

Esta profecía debió ser conocida por Nabucodonosor, si no antes, al menos después de su victoria sobre Egipto, pues era familiar para los judíos, y había judíos en la corte babilónica. Esto arroja luz sobre el cuarto capítulo de Daniel.

Habiendo conquistado el mundo, Nabucodonosor estaba en reposo en su casa, cuando una noche tuvo un sueño. El éxito lo había seguido dondequiera que se volviera. A sus pies se inclinaban los representantes de todas las naciones. En sus arcas fluía la riqueza del este y del oeste, del norte y del sur. Alrededor de él se agrupaban el ingenio y el saber de la época. Las bibliotecas estaban a su disposición, y el arte florecía. ¿Por qué no debería prosperar el rey Nabucodonosor en su reino? Pero había tenido un sueño que lo turbó, y llamó a sus sabios para una interpretación. Ellos escucharon, pero, por extraño que parezca, no pudieron dar ninguna explicación. Dios siempre permitió que los sabios de la tierra tuvieran la primera oportunidad. Cuando estos sabios fallaron, Daniel fue llamado.

El nombre de Daniel había sido cambiado cuando entró por primera vez en la corte babilónica, y para el rey y sus asociados era conocido como Beltsasar, un hijo del dios pagano Bel, pero el propio Daniel siempre conservó su nombre hebreo. Años antes de esto, sin embargo, el Dios de Daniel había dicho: «Bel se inclina, Nebo se dobla; [...] no pudieron librar la carga, sino que ellos mismos han ido en cautiverio». Daniel tuvo nuevamente la oportunidad de probar la sabiduría de su Dios y la debilidad de las deidades babilónicas.

El sueño, tal como lo repitió el rey ante Daniel, es maravilloso de contemplar. El árbol era un objeto familiar y un símbolo sorprendente. Los especímenes más

magníficos que el mundo ofrecía habían sido trasplantados a los jardines babilónicos. La historia del Edén y sus árboles se había transmitido por tradición, y la gente conocía el árbol de la vida, y también el árbol del conocimiento del bien y del mal. El árbol visto en el sueño fue plantado en medio de la tierra, y mientras observaba, el rey lo vio crecer hasta que su cima llegó al cielo, y sus ramas se extendieron hasta los confines de la tierra. ¡Extraño que este árbol, que creció hacia el cielo a pesar de todo, que fue regado por el rocío del cielo y alimentado por el propio sol de Dios, solo conociera la tierra y los reinos terrenales!

Así como había sido con el árbol egipcio, también con este: las aves descansaban en las ramas y las bestias habitaban en su sombra. El rey en su sueño vio solo la parte superior del árbol, las ramas, las hojas y el fruto, pero las raíces de cualquier árbol son tan numerosas y extendidas como sus ramas; por lo tanto, este árbol poderoso, cuya cima llegaba al cielo y cuyas ramas se extendían hasta los confines de la tierra, estaba sostenido por raíces que, aunque ocultas, recorrían toda la tierra. Profundamente arraigado, extraía alimento de fuentes ocultas. De hecho, las hermosas hojas y el abundante fruto dependían del estado de las raíces.

Mientras Nabucodonosor contemplaba el árbol, vio un «vigilante, y aun un santo» —un mensajero del cielo, cuya apariencia era similar al que caminó en medio del horno de fuego con los niños hebreos. A la orden de este mensajero divino, el árbol fue derribado, quedando solo el tocón.

Es dudoso si el hombre recibió alguna vez un mensaje cargado de mayor importancia que este dado a Nabucodonosor.

En su sueño anterior se le mostró la brevedad de su reino y se le dio prueba del declive del imperio. Si hubiera vivido en armonía con lo que se le reveló entonces, la experiencia que estaba por venir se habría evitado. Las palabras de despedida del ángel al dejar a Nabucodonosor fueron: «La sentencia es por decreto de los vigilantes... para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna en el reino de los hombres, y a quien Él quiere lo da». Más que eso,

«constituye sobre él al más humilde de los hombres». Porque un hombre ocupe una posición, no significa que sea mejor que otros.

Cuando Daniel comprendió el verdadero significado del sueño y previó la humillación del rey de Babilonia, «sus pensamientos lo turbaron». Fue animado por el rey a no turbarse, sino a dar la verdadera interpretación. Así lo hizo, diciéndole claramente al rey que el árbol visto en la visión era emblemático del propio Nabucodonosor y su dominio. «Eres tú, oh rey, que has crecido y te has hecho fuerte, y tu grandeza ha llegado hasta el cielo, y tu dominio hasta los confines de la tierra». Por grande que fuera el reino de Nabucodonosor, había crecido desde un pequeño comienzo. Gradualmente los principios sobre los que se fundaba —principios mucho más antiguos que el rey, pues se originaron con Lucifer, y eran una perversión de verdades celestiales— habían echado raíces. En el gobierno era la monarquía más rígida; el rey tenía las vidas de sus súbditos en sus manos. Esclavos se inclinaban ante él en abyecta subyugación; impuestos exorbitantes eran forzados de las provincias súbditas; cabezas coronadas eran humilladas y hombres esclavizados para que el rey de Babilonia pudiera deleitarse con la riqueza del mundo. Las semillas de esa forma de gobierno fueron sembradas dondequiera que Babilonia estableció su poder, y así como sembró, así ella, así como otros, ha cosechado. Cuando Babilonia cayó, los principios por los cuales había controlado a otros le fueron aplicados a ella. Dondequiera que haya tiranía en el gobierno en cualquier nación de la tierra hoy, es un vástago de esa raíz que llenó la tierra, cuyo tocón se permitió que permaneciera hasta el fin de los tiempos.

Dondequiera que Babilonia puso su mano en la conquista, se implantaron los principios de su religión. Las formas más viles de adoración se practicaban en ese reino con toda su gloria exterior. El corazón estaba podrido. El misterio de la iniquidad dominaba plenamente, oculto por el brillo exterior del oro. Los misterios de Grecia en un día posterior no fueron sino una repetición de los misterios babilónicos. De la copa de oro que tenía en su mano, y que era un

símbolo familiar en las sociedades secretas babilónicas, embriagó a todas las naciones con el vino de su fornicación.

Naciones y pueblos hoy, inconscientes de su origen, están perpetuando costumbres religiosas babilónicas cuando celebran la Navidad con banquetes, velas encendidas, acebo y muérdago. Es en conmemoración de los dioses paganos babilónicos que comen huevos en Pascua; e incluso las desenfrenadas payasadas de Halloween repiten los misterios de Babilonia. La raíz no fue destruida; sus principios religiosos han brotado de nuevo en cada generación y han dado fruto en cada país.

La influencia de Babilonia en el ámbito educativo no fue menos marcada que su influencia en el gobierno y la religión, y la raíz educativa del árbol era tan vigorosa como las otras. «Dejad el tocón de sus raíces en la tierra, incluso con una atadura de hierro y bronce». Tenemos la costumbre de rastrear el sistema educativo del mundo hasta Grecia o Egipto; sus principios son más antiguos que Grecia. Pertenecen a Babilonia. La prominencia dada a esta fase de la vida babilónica por el Espíritu de Dios en el libro de Daniel, y el hecho de que los principales educadores e instituciones educativas del mundo fueron puestos en contacto directo con los principios más sencillos de la verdadera educación cada vez que los hebreos se encontraban con los caldeos y los sabios, muestra el lugar que ocupa la educación tanto en los reinos falsos de los que Babilonia es un tipo, como en el verdadero, que el gobierno hebreo representaba. La llamada «educación superior» de hoy, que exalta la ciencia del mundo por encima de la ciencia de la salvación; que envía estudiantes con credenciales mundanas, pero no reconocidos en los libros del cielo, estudiantes que aman la ostentación, que están llenos de orgullo, egoísmo y autoestima —esta educación es una planta que ha brotado de esa amplia raíz que sostenía el árbol que representaba el dominio babilónico.

Semillas de verdad habían sido plantadas en Babilonia. El Vigilante Santo buscaba constantemente el crecimiento de un árbol que traería vida. Todas las naciones se reunieron bajo la influencia de Babilonia con la esperanza de que allí

podrían ser alimentadas con un fruto que resultaría ser el pan de vida; pero en cambio, fue una mezcla de bien y mal, que envenenó al consumidor.

Las hojas del árbol eran hermosas a la vista, y podrían haber sido para la sanidad de las naciones; pero el mismo olor que exhalaban, embriagaba y conducía al exceso. Así también con la planta que ha brotado de esas raíces ocultas. Puede ser hermosa a la vista, su fruto puede ser tan dulce que el que lo come no puede ser persuadido de que no es la verdad, pero la sabiduría de Dios permanecerá mucho después de que la del mundo haya sido destruida. Debemos velar y protegernos contra los males que brotan de la raíz babilónica.

Aparte de la aplicación general a todo el reino, una parte del sueño describe la experiencia personal de Nabucodonosor. Debido a su orgullo de corazón, perdería la razón, abandonaría las moradas de los hombres, encontraría su hogar con las bestias del campo, y permanecería en esta condición durante siete años — hasta que hubiera aprendido «que el Altísimo gobierna en el reino de los hombres, y lo da a quien Él quiere». Daniel exhortó al rey: «Sea mi consejo aceptable para ti, y rompe tus pecados con justicia, y tus iniquidades mostrando misericordia a los pobres». Todavía había tiempo para el arrepentimiento, y si el rey hubiera atendido este consejo, lo habría salvado de la gran humillación que le sobrevino. Pero cuando los corazones de los hombres están endurecidos, el mensaje de cambio, aunque dado por un ángel del cielo, permanece desatendido. En consecuencia, «todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor».

Se le concedió al rey un año de prueba después de que se le diera esta solemne advertencia. Al cabo de este tiempo, el rey, en su palacio real, pensando en su reino con orgullo y satisfacción, exclamó: «¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para casa real con la fuerza de mi poder y para la gloria de mi majestad?». Estaba repitiendo los pensamientos, casi las palabras exactas, de Satanás, cuando pensó en exaltar su trono por encima de Dios. Cuando se albergaban pensamientos orgullosos, y se pronunciaban estas palabras, la sentencia fue pronunciada que marchitó el árbol y degradó al monarca a quien el árbol simbolizaba. Fue Dios quien le había dado al rey su razón y su capacidad

para establecer un reino como este. El mismo Dios podía quitar el juicio y la sabiduría de los que el rey se enorgullecía. Y Dios así lo hizo. Es la mente lo que eleva al hombre por encima de la bestia. Cuando se elimina el poder de la mente, el hombre desciende al nivel más bajo. Nabucodonosor se volvió como las bestias. David dice: «Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde. Pero pasó, y he aquí no estaba; lo busqué, y no fue hallado».

Cuando Dios no puede salvar a los hombres en la prosperidad, les trae adversidad. Si en todo esto rechazan a Dios, entonces traen sobre sí mismos la destrucción. Sean cuales sean los resultados, Dios está libre de toda censura. Esto se ilustra con el caso de Nabucodonosor. El monarca orgulloso y poderoso ya no empuñaba el cetro. Se volvió un maniático, y durante siete años se le encontró con el ganado, compañero de las bestias, alimentándose como ellas. Con su razón destronada, ya ni siquiera era considerado un hombre. El mandato había sido dado: «Cortad el árbol, y talad sus ramas, quitadle sus hojas y esparcid su fruto».

Es necesario, en la causa de Dios y en el mundo, que los hombres asuman responsabilidades. Pero cuando los hombres se enaltecen en orgullo y dependen de la sabiduría mundana, Dios ya no puede sostenerlos, y caen. Naciones e individuos por igual tienen esta experiencia. Incluso la Iglesia profesora de Cristo, cuando se aparta de la humildad del Maestro, pierde su poder y ciertamente será humillada. Las personas que se glorían en la riqueza, o el intelecto, o el conocimiento, o en cualquier cosa que no sea Jesucristo, serán llevadas a la confusión. Solo en Cristo «están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento». Todo pensamiento brillante, toda idea intelectual, que de alguna manera trae grandeza, se origina en nuestro Señor. Es Dios quien trata con la humanidad. Él gobierna.

Debe recordarse que en todos Sus tratos con el rey Nabucodonosor, Dios estaba obrando para la salvación del gobernante y de aquellos afectados por su influencia. Dios le permitió sufrir siete años de deplorable degradación, y luego retiró Su mano de castigo. Después de pasar por esta terrible humillación, fue llevado a ver su propia debilidad; confesó su culpa y reconoció al Dios del cielo.

Envió a todo el mundo la descripción de esta experiencia tal como está registrada en el cuarto capítulo de Daniel. Había aprendido que a los que andan con orgullo, Dios es capaz de humillar. En comparación con Dios y Su universo, los habitantes de la tierra se hunden en la insignificancia y son considerados como nada. «Él hace según Su voluntad en el ejército del cielo y entre los habitantes de la tierra: y nadie puede detener Su mano ni decirle: ¿Qué haces?».